# PANORAMA DESDE LA TORRE: LA HISTORIA Y EL FUTURO LASALIANO

## El itinerario lasaliano sobre el trasfondo de la historia de las ideas

***Pedro María Gil Larrañaga, fsc***
***ARLEP, Bilbao***

**RESUMEN**

El Hermano Pedro Gil ofrece claves para una relectura histórica del itinerario vivido por el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en sus últimos cincuenta años, partiendo de la pregunta sobre dónde nos situamos cuando tratamos de entender lo que pasa: a dónde miramos, en qué referencia histórica nos basamos para entender nuestro trabajo y para responder a la gran cuestión de las posibilidades de nuestra institución educativa. Desde ahí invita al lector a plantearse nuevas preguntas: ¿podemos proponer alguna respuesta capaz de mostrar el sentido del conjunto del itinerario lasaliano? ¿Hay algún lugar desde el que interpretar todo lo anterior y precisar mejor las posibilidades del futuro de nuestra institución? El autor propone partir del itinerario vivido por la generación de 1960 a 1990. Parece que desde ella se entiende bien el conjunto de la historia lasaliana. Ese conjunto muestra el sentido del pasado, sistematiza y sitúa nombres y conceptos de los tres siglos de historia lasaliana y abre pistas para un posible futuro.

**Palabras-clave**: relectura histórica, Instituto, Declaración, itinerario lasaliano, comunidad lasaliana.

## INTRODUCCIÓN

Para empezar esta reflexión, una imagen o una experiencia. Imaginemos que estamos subiendo a una torre: vamos siguiendo su escalera de caracol y descansamos de cuando en cuando, apoyándonos en una ventana. Cada vez que lo hacemos vemos un trozo de panorama, un barrio, una calle, un sector de la ciudad. A medida que vamos subiendo, en cada parada vemos un trozo más amplio, de modo que nuestra primera visión va integrándose en sectores cada vez más amplios. Cada vez vemos mejor a dónde va determinada calle, carretera, en qué se diferencian tales o cuales barrios de la ciudad, hasta dónde llega el parque… Cada vez apreciamos cómo los elementos se van integrando con otros.

Pero en ningún momento salimos de visiones sectoriales, porque nuestra visión está limitada por el marco de una ventana: nos abre un ángulo, pero nos cierra otros. Ir subiendo es ir abriendo el ángulo aunque siempre seguimos limitados por los de la ventana.

Cuando finalmente llegamos a la cumbre, cuando ya no hay ventanas sino sólo una barandilla que nos protege y tenemos ante nosotros todo el conjunto, entonces llegamos a integrar todas las visiones de ventana en un solo panorama. Ahora la visión es de 360 grados.

Ahora podemos ver dónde se unen el gran parque del oeste y la ciudad nueva de los supermercados, dónde acaba el barrio antiguo y se abren varias autopistas, de dónde viene el río que habían ido viendo alejarse a medida que su visión pasaba de una ventana a otra. Vemos ahora también los montes en la lejanía y caemos en la cuenta de la naturaleza de este gran valle y de las colinas que se suceden desde el fondo hasta más allá de la ciudad de la torre.

Los distintos sectores eran objeto de visiones fragmentarias, llenas de detalles cuanto más abajo los veíamos, y con más referencias al conjunto según íbamos subiendo. Y sólo al final, cuando hemos llegado al sitio adecuado, sólo entonces todo se entronca y nos damos cuenta de dónde estábamos y a qué pertenecemos. La clave: el lugar adecuado.

**Acontecimientos y corrientes de pensamiento**

Pues con la historia ocurre lo mismo. También en la historia necesitamos situarnos en algún lugar que nos permita visiones panorámicas.

No siempre lo vemos así, es verdad. Porque, con cierta ingenuidad, pretendemos a veces separar en ella los acontecimientos y los movimientos sociales: damos valor 'objetivo' a los primeros y enviamos los segundos al mundo de lo discutible, interpretable, de una 'filosofía de la historia' sumamente subjetiva. Es lógico que, mientras pensemos así, todo este discurso de la historia de las ideas o del lugar de la visión de la historia nos parezca cosa prescindible, sin valor propio.

Esta actitud es doblemente ingenua: primero porque considera los acontecimientos como fruto del azar, sin ningún tipo de causalidad ni lógica; y después, porque ignora que lo que llamamos 'historia' es el resultado del juego entre lo inmutable de la naturaleza humana y lo inagotable de su esperanza. Ciertamente hay constantes que se mantienen o que incluso se repiten dentro del itinerario de los pueblos. Pero, animados por esas constantes y dándoles a la vez consistencia, hay movimientos de avances y retrocesos en la vida de los pueblos que permiten mirar los acontecimientos como signos de movimientos que les superan y dan sentido. Los acontecimientos concretos, así, remiten a causas y a horizontes que les trascienden.

Todas las instituciones sociales son resultado de estos juegos históricos y se comprenden desde ellos. Por eso las instituciones nacen y desaparecen en unos momentos determinados y no en otros. Y por eso la sucesión de los acontecimientos va dejando poco a poco huellas en la historia de los pueblos que permiten hablar de antes y después, de culminación y de agotamiento, de relaciones y saltos. Hace falta considerar atenta y largamente su conjunto: entonces muestran su verdadero relieve, como aquellos juegos en los que la concentración de la vista en un punto permitía ver volúmenes en una imagen de dos dimensiones.

Esas huellas, a su vez, permiten detectar sistemas mucho más amplios. Para ese momento los acontecimientos ya se han convertido en manifestaciones de los movimientos de ideas o de concepciones del mundo. Entonces podemos hablar de historia, como a partir de determinados momentos de la vida de una persona podemos construir su biografía.

… Lo cual necesita, como en nuestra imagen de la torre, situarnos en determinados momentos o determinadas huellas, para encontrarnos con verdaderas visiones de conjunto.

## EL PUNTO PANORÁMICO

### *1. Para entender lo que vivimos*

Con la historia, decimos, ocurre lo mismo que con los paisajes.

Normalmente nos situamos en lugares parciales, ante sectores que nos fascinan con sus detalles y los rostros concretos de las personas que tal vez incluso conocemos por sus nombres. Son nuestro pueblo, nuestra edad, nuestros intereses, nuestro centro educativo tal vez. En historia, acontecimientos, situaciones, personas. Poco a poco, si tenemos ocasión de asomarnos a otros miradores, aprendemos que hay otras gentes, otras tierras y otras maneras de mirar la vida o el trabajo o la cultura o el ocio o la familia o la religión. En historia, constantes, cambios, movimientos, pensamiento, evolución.

Para llegar a estas realidades, es decir, para pasar de lo concreto a lo general o para incluir lo concreto en lo general, hace falta ir encontrando lugares nuevos desde donde mirar las cosas. Cuando no los tenemos se da en nosotros un reflejo muy humano: hartos de intentar entender las cosas sin conseguirlo, nos retiramos a nuestro lugar de vida, a la porción de la ciudad que conocemos. Allí, silenciosamente, tratamos de apurar las posibilidades de vida que nos ofrece. Acabamos incluso olvidando que hay otros sectores y creemos que el sentido del conjunto está en aquello que nosotros estamos viviendo en el nuestro.

Ante la historia, cuando no tenemos ocasión de situarnos en el lugar adecuado, no conseguimos pasar de miradas anecdóticas, entrañables y muy nuestras, detalladísimas y perfectamente cuantificadas tal vez, pero que no tienen sentido en sí mismas. Cuando no conocemos un lugar que domine la panorámica, nos ahogamos en nuestro quehacer diario y fracasamos al pretender encaminarlo al futuro. Nos preocupamos y, seguramente por eso, nos reunimos en cualquier programa de formación.

Por eso abrimos esta reflexión con la pregunta sobre dónde solemos situarnos cuando tratamos de entender lo que pasa. A dónde miramos, en qué referencia histórica nos basamos para entender nuestro trabajo y responder a la gran cuestión de las posibilidades de nuestra institución educativa. Es una invitación a preguntarnos dónde nos situamos para entender, en concreto, el cambio que está viviendo nuestra sociedad y lo que a nosotros nos fuerza a imaginar caminos nuevos para la definición de las diversificaciones, los programas, las relaciones entre nuestra escuela y la sociedad, entre sus métodos y el éxito profesional, entre lo científico y la honestidad social. Podemos preguntarnos, por ejemplo, cómo hacemos para entender la pregunta por la sostenibilidad del desarrollo y de nuestra contribución al desarrollo.

Pues bien: ¿podemos proponer alguna respuesta capaz de mostrar el sentido del conjunto del itinerario lasaliano?; ¿hay algún lugar desde el que interpretar todo lo anterior y precisar mejor las posibilidades del futuro de nuestra institución?

**Sí y podría estar en la generación de 1960 a 1990.** Parece que desde ella se entiende bien el conjunto de nuestra historia como comunidad y sociedad lasaliana. Ese conjunto muestra el sentido del pasado, sistematiza o sitúa tantos nombres y conceptos como tenemos sobre estos tres siglos y abre pistas para un posible futuro.

Al señalarla, nos invitamos a evocar qué hay en esa generación: dónde está y cómo es (o dónde estuvo y cómo fue), qué nos ha traído a ella, qué nombres nos ha dejado, qué puertas se nos han abierto y cerrado con ella. No debería ser tarea difícil, porque todos la hemos vivido, sea en nuestro propio itinerario vital, sea en el de personas muy próximas.

Nosotros, sí, hoy precisamente, de 2013. Porque todos nosotros hemos vivido esa generación: a unos nos llegó en plena madurez, a otros nos vio crecer, a todos nos ayudó a vivir el camino del distrito y de nuestras vidas. Todos nosotros conocemos muy de cerca esa generación, de modo que, si es válida la hipótesis de esta comparación de la panorámica y la torre, tenemos la suficiente capacidad para entender el conjunto de nuestra historia lasaliana. Y el haber vivido la generación del cambio nos hace el tremendo regalo de una perspicacia y una responsabilidad nuevas ante lo que está por venir. Hoy, éste…. de 2013, en las puertas de un nuevo Capítulo General.

Pues bien: ¿qué hay dentro de ese bloque 1960-1990, desde el punto de vista de nuestra comunidad lasaliana?; ¿qué podemos decir de él nosotros que la hemos vivido?; ¿cómo nos ayuda a interpretar la relación entre el mundo lasaliano y el mundo de las ideas?; ¿qué nos ayuda a comprender de lo que puede llegar?

## *2. Hace treinta o cuarenta años, en la Generación del Cambio*

En esa generación se ha dado, ante todo, el Capítulo General de 1966-67.

También podríamos empezar evocando Vaticano II o Mayo del 68, por la Guerra del Vietnam, el baby-boom, o incluso el estructuralismo. Como lasalianos, mejor empezar por aquel Capítulo General y verlo como el reflejo de cuanto ya estaba ocurriendo y puerta de lo que ocurriría. Aquella asamblea trató de expresar la conciencia del Instituto de los Hermanos ante el agotamiento del ciclo histórico que estábamos viviendo y quiso proponernos a todos pistas nuevas, en consonancia con las novedades sociales.

Fueron los días de la **Declaración sobre el Hermano hoy,** del cambio en las **Reglas** y en los sistemas de gobierno, de lo asambleario y capitular, de la renovación en los estudios de los Hermanos, de la introducción de un vocabulario espiritual e identitario totalmente nuevo.

El Capítulo mismo y toda su obra y consecuencia debieron tener en cuenta, como es lógico, la sacudida del Vaticano II: la Iglesia toda se ponía a mirar el mundo y la historia con ojos nuevos, tratando de encontrar en la vida los signos de Dios que la condujeran. El Concilio significó para nosotros la garantía de que no estábamos errados al imaginarnos en un mundo nuevo, donde era imperioso cambiar y constituirse de otro modo. Fue, en su base, una evocación de la presencia de Dios en el tiempo, en la Historia y así nos obligó a mirar en torno nuestro, preguntándonos si lo que estaba pasando era o no el rostro de Dios.

Lo que estaba pasando era, por ejemplo, el gran Signo de lo que hemos ido llamando Mayo del 68. En aquel momento seguramente no lo podíamos entender, pero ahora, cuarenta o cincuenta años después, vemos que aquellas memorables jornadas estaban diciendo el cansancio ante un modo de entender la vida que ya no respondía a las nuevas dimensiones del mundo. Estaban diciendo que los tiempos de Descartes y Galileo y la Enciclopedia y el colonialismo y el empirismo… habían dejado de servir.

Así se fueron desencadenando a continuación las crisis monetarias que hubo bajo la crisis del petróleo (1973) y la constitución de los nuevos organismos de control monetario y comercial de las naciones (Comisión Trilateral, también 1973). Ya habían surgido tras la segunda guerra mundial (Bretton Woods, 1944) y eran su desarrollo, pero en aquellos magníficos días se estaban haciendo verdaderamente universales y así a todos se nos encendió la conciencia de que todos éramos parte de todos. Nadie era libre de configurar su casa al margen de los demás, en modelos políticos ajenos a los demás, en sistemas económicos autónomos o en redes comerciales protegidas.

En aquellos días nos dimos cuenta de que el mundo ya no era un lugar de recursos inagotables sino algo a lo que todos pertenecíamos y que por lo tanto necesitábamos para seguir viviendo. Así nos fuimos abriendo todos a una nueva manera de mirar la ciencia y la cultura y la política. Era como si todos los tiempos anteriores hubieran llegado a su cumbre y ahora se nos planteara un modelo nuevo de sociedad y de persona.

Lo notamos en nuestra manera de vivir las instituciones educativas. Las llenamos de cosas nuevas, las diversificamos, las hicimos más próximas que nunca a las posibilidades de la sociedad y las encaminamos poco a poco hacia relaciones que nunca habíamos vivido con otras instituciones.

Paradójicamente en ese camino de plenitud organizativa conocimos una drástica reducción del número de los Hermanos y un reto inesperado: responder a las nuevas dimensiones del mundo con un personal del todo nuevo. No lo podíamos entender en su momento, pero era el rostro del gran cambio: el agotamiento de todos los modelos anteriores.

La paradoja de la plenitud y el agotamiento simultáneos: hoy, veinte o treinta años después, entendemos muy bien que tal vez durante esa generación se efectuó el gran relevo. El conjunto de todo lo que ocurrió entonces, desde Kennedy (1963) hasta el Muro de Berlín (1989), fue un momento privilegiado en el que saltó por los aires todo lo anterior. Así, nos cuesta poco entender que en esos días se agotaron todos los modelos de vida y de cultura, de religión y de política, de estética y de ciencia, de filosofía y sistemas de comunicación…

Por eso debía también agotarse el modelo de Hermano que habíamos recibido de nuestra tradición de tres siglos. Y ocurrió precisamente en ese momento en el que nuestros distritos llegaban a su máximo numérico: no podía ser la mejor circunstancia para entender lo que pasaba…

## UNA VISTA DE TRES SIGLOS

### *3. Allá lejos, donde comienza nuestro territorio*

La Generación del Cambio es como una atalaya que nos permite dividir toda la historia lasaliana en dos mitades: antes de 1960 y después de 1990 (en estas cosas las fechas son siempre aproximadas; son más bien símbolos, referencias morales o espirituales).

'Antes de 1960', decimos. ¿En virtud de qué podemos decir que hay continuidad a lo largo de tanto tiempo? ¿Qué nos permite afirmar que el modelo de Hermano de 1690 seguía institucionalmente vivo, vigente, todavía doscientos años después? ¿Es que hay un tiempo entre 1680 y 1960, un solo tiempo, una continuidad?

…A esto venía la imagen del panorama y la torre: sí, desde la atalaya de la generación del cambio se puede apreciar muy bien que sí.

A lo largo de esos dos siglos y medio hubo acontecimientos diferentes y hasta tal vez rupturas o grandes crisis, pero no hasta invalidar la continuidad con lo que iba a suceder después. Con todas sus sacudidas, en esos dos siglos y medio no hubo nada semejante a lo ocurrido en los treinta años de nuestra generación-atalaya. Veamos.

En realidad el mundo estaba naciendo a la Modernidad cuando nació el Instituto lasaliano. Precisamente por ello se constituyó y de aquella manera. Era una correspondencia perfecta. En aquellos días, por ejemplo, Newton acababa de publicar su *Philosophiae Naturalis principia mathematica* (los principios matemáticos de la 'filosofía natural', es decir, de la física): era el primer texto o la primera presentación de la física moderna. **1687**: el año anterior los Hermanos habían celebrado una asamblea constituyente de gran importancia, expresando una especie de compromiso -¿un voto?- con el proyecto de una manera que no conocemos con precisión.

'Principios matemáticos', decimos, y es lo importante: exactamente lo que los Hermanos hicieron con la escuela que a su vez estaban heredando. Le aplicaron el rigor organizativo y el espíritu de cálculo y exigencia que Newton aplicaba a la física o Spinoza a la ética y la política o Descartes a la filosofía o Huyguens a la medicina o Bayle a los medios de comunicación (no importa ninguno de estos nombres sino su conjunto). Ahí estuvo el secreto de su éxito[1].

La primera comunidad lasaliana era hija de su tiempo y recibió la llamada del Señor a servirle en los hijos de los pobres de su tiempo.

Debía hacerlo a través de la Educación elemental (porque los pobres no podían pensar en otra cosa) y lo hizo introduciendo el rigor matemático en el modelo de escuela y de metodología. Es la Guía de las Escuelas. O el Método de Oración o las Reglas de su Comunidad o sencillamente la organización de su vida diaria y el tejido territorial de su Asociación de Escuelas.

Todo lo que hicieron tiene el mismo espíritu: por eso, por ejemplo, no podían aceptar una estructuración canónica de su comunidad cuando no había más formula que la monástica. Ellos sabían que no eran monjes y que, desde luego, no podían vivir lejos de este mundo: por eso, en realidad ellos se consagraban a Dios consagrándose a la escuela, popular y moderna. Por eso, por ejemplo, no quisieron hacer los votos monásticos y no los entendieron cuando les vinieron impuestos (la verdad es que se aprovecharon de ellos, porque desde el punto de vista institucional eran unos perfectos indocumentados[2]).

Así se entiende todo su primer siglo de historia, el **XVIII**, cuando la vida de su institución iba muy por delante de sus definiciones canónicas.

Fueron cien años magníficos en los que se definió todo. Ellos, dentro del espíritu del siglo de las Luces, ofrecieron a su sociedad el modelo de escuela primaria y su organización que luego el s. XIX había de difundir. Les costó cien años, pero lo hicieron. **Primero** fueron treinta o cuarenta años de difusión del modelo por toda Francia. Fue la gran tarea del Superior de la época, el H. Timothée, muerto con el

[1] Referencia a Paul Hazard y Foucault.

[2] Es estrictamente exacto: hasta los días que siguieron a la *Conditae a Christo*, de 1900, los Hermanos no existían desde el punto de vista canónico.

nacimiento de la Enciclopedia, a partir de 1751. Ya había dejado al mundo la fórmula de San Juan Bautista de La Salle debidamente asentada, tanto en lo operativo como en lo identitario, tanto en el funcionamiento de la escuela como en la fundamentación social y, sobre todo, cristiana. **Luego**, los restantes cuarenta años hasta la Revolución, ya no crecieron tanto en número, pero sí se consolidaron.

Hicieron cosas que hoy nos parecen increíbles. En un mundo que no conocía la formación de los maestros, ellos la establecieron, incluso en su nivel superior: eran sus primeros años de formación con el noviciado y los primeros tiempos en la escuela; y luego los Escolasticados, verdadera formación de carácter universitario. En un mundo que no conocía el Ministerio de la Instrucción nacional, ellos establecieron un funcionamiento perfecto a nivel de todo el Estado, de modo que el superior de la Revolución, el H. Agathon, era de hecho el verdadero ministro de educación de la enseñanza popular de Francia[3].

Llegaron a la Revolución sólo con 118 establecimientos educativos, es verdad. Pero poderosamente asentados, tanto en lo primario como en lo secundario (sólo ocho de aquellos centros eran secundarios, casi todos ellos magníficamente organizados, como sabemos hoy). En un mundo marcado por el analfabetismo, ellos ya empezaron a editar hasta textos escolares para sus centros de secundaria y circulares para la formación permanente de sus maestros. Cuando la educación popular no era todavía un derecho social, ellos ya habían establecido un sistema económico para su sostenimiento y coordinación…

### *4. Al otro lado de la Revolución francesa*

Y, sin embargo, entre 1792 y 1803 prácticamente desaparecen. La Revolución. Pues bien: si apuráramos la imagen de la visión desde la atalaya, veríamos aquel terrible decenio, el paso del XVIII al XIX, como una cicatriz, un breve corte en el paisaje. No más.

De hecho, la Revolución Francesa es algo así en el panorama de nuestra historia: como si de pronto se hubiera abierto una falla en nuestro territorio… y luego nada. Una falla, una gran grieta que marca un acontecimiento, pero no da lugar a una orografía nueva. A los dos lados del accidente, el mismo territorio, el mismo tipo de vegetación, los mismos caminos… Los Hermanos pasaron el cataclismo revolucionario muy bien: otra cosa habría sido sorprendente, puesto que casi nadie estaba preparado para hacerlo como ellos.

En su constitución interna hay clara continuidad entre el XVIII y el XIX. El cambio está en la aparición de las organizaciones sociales que les van a ofrecer nuevas posibilidades de desarrollo. Ese auténtico salto es el sentido de la aparente falla, el corte entre 1792 y 1805.

Si la Revolución les había suprimido era como institución que parecía regirse por unos votos; diez años después los reconoce como institución que se especifica por un servicio educativo. De los votos a la función social es el cambio, a un lado y otro, de la Revolución. Antes y después, la misma realidad o el mismo proyecto: un grupo cristiano que se caracteriza por la vida en común y por el servicio educativo elemental a las clases desfavorecidas. Ése o esos son sus votos. Porque lo que les cohesiona es, por un lado, su manera de vivir la fe en Dios: el esfuerzo, la organización, el examen, la generosidad, el silencio; y por otro, la manera de vivir el servicio a los Pobres: la lógica elemental, el razonamiento, la clasificación, el empirismo, la eficacia. Sus votos son la fe, la escuela y la comunidad (el orden entre los tres no está muy claro).

[3] Cf. Cassirer

El Imperio les hace automáticamente miembros de la Universidad Imperial, es decir, funcionarios del nuevo Ministerio para la Educación. A su sombra, o a su luz, crecerán todas las demás instituciones religiosas de la educación: todas se diseñarán según su modelo (Reglas, Guía de las Escuelas, Noviciado)[4].

Y así se abre su segundo siglo, **el XIX**. Es fácil imaginar cómo les irán las cosas, si recordamos la dinámica de las instituciones sociales: **recuperación** de lo anterior; **plenitud** organizativa y éxito; **crisis** o nuevas necesidades de adaptación. Una generación para cada paso. Como cualquier gran empresa[5].

Para 1834, en el espacio de veinte o veinticinco años, ya habían crecido tanto como en los cien anteriores: señal de su adaptación perfecta al nuevo mundo del siglo XIX. A partir de entonces su éxito se afirma y se desarrollan como nunca, llegando a todos los rincones de Francia. Allí acuñarán la fórmula de su éxito y la dispondrán para su difusión por todo el mundo (cosa que va a ocurrir desde mediados del siglo, coincidiendo con el expansionismo o el colonialismo burgués).

Pero en el último tercio del siglo las cosas serán ya nuevas, como reconocía León XIII en **1891** (*Rerum*… '*novarum'*). La novedad estaba en el desarrollo de los programas educativos, de acuerdo con el desarrollo de las sociedades. El tema ya les había surgido cincuenta años antes, en la década de 1830: sabían que su trabajo no podía limitarse a la lógica elemental, sino que ahora debían incorporar los contenidos, las otras ciencias, y no era fácil combinar el cultivo del razonamiento con el de la memoria. Fue el reto de la Comisión General, en 1834, para la revisión de la Guía de las Escuelas. Muy pronto cayeron en la trampa de la memorización y los Superiores se esforzaron por recordárselo. Pero el hecho es que la presencia de los contenidos científicos en el programa fue para ellos uno de los grandes retos respecto de su tradición elemental.

Después la novedad estaba en la nueva relación con las Administraciones sociales encargadas del servicio educativo. Por un lado, su misma patria de origen alteraba el modelo de relación anterior al distinguir lo confesional y lo laical, de modo que nadie de carácter confesional pudiera ya entrar en los sistemas del funcionariado sostenidos por la Administración. Nacía, así, la escuela primaria 'libre': debía establecer sus propios programas, pero sobre todo su propio sistema de financiación. A partir de ese momento los Hermanos empezarán a clamar periódicamente por el servicio a los Pobres…

Pero en otros países, allí donde habían ido llegando durante aquellos decenios, el problema era el mismo: necesitaban establecer un nuevo diseño para su presencia en la sociedad, su reconocimiento, su financiación, su servicio, su especialización. Y tampoco esto les iba a resultar de fácil solución, porque todo les era nuevo. El mejor ejemplo, tal vez, fue la Cuestión del Latín, entre 1880 y 1900.

Envolviéndolo todo, la novedad era ya el cambio de la sensibilidad social, religiosa y política. Para finales del XIX era claro que el mundo debía mirarse ya de otra forma y, por tanto, debía mirarse otra forma la vida de comunidad, la consagración, la fe. Todo. Los Hermanos, como toda su Iglesia, dudaron mucho antes de llegar a pistas de esperanza y lo acabaron pagando. Como toda su Iglesia en la primera mitad del s. XX.

[4] Es obligatorio el recuerdo para la magnífica obra de P. Zind, Hermano marista…
[5] Cf.. Llerena

Así comprendemos el magnífico episodio de 1904, cuando los diez mil Hermanos que viven en Francia se ven de pronto fuera de la ley. Deben dejar o bien su país o bien su comunidad. Si quieren seguir en la educación deben o bien expatriarse o bien dejar el Instituto. De los diez mil, unos cuatro mil quedaron en Francia, sea como jubilados, sea como aparentemente secularizados; otros tres mil se secularizaron efectivamente; y el resto se repartieron por todo el mundo, acogidos por los restantes cuatro mil Hermanos que entonces estaban fuera de Francia.

Atrás habían quedado los exitosos días del H. Phillipe, Superior General desde 1838 hasta 1874, y los perplejos tiempos del H. Gabriel Marie, cuando la contestación surgía por todos los lados en el interior mismo de la Congregación (en Francia sobre todo), como señal de la desadaptación profunda ante lo que estaba ocurriendo. Afortunadamente en el último tercio del siglo XIX habían recuperado instituciones de formación que ya habían sido establecidas un siglo antes pero que habían desaparecido tras el drama de la Revolución Francesa. Así, cuando se difundan por todo el mundo llevarán como balance del siglo al menos tres cosas: un sistema de educación garantizado para ciertos ambientes, el mejor, sin duda; un proceso de formación enriquecido, potencialmente renovado, que ya se ha establecido por todo el mundo y les permitirá aclimatarse mejor por todos los sitios; y un estilo espiritual fraguado entre la canonización de su Fundador y la proximidad a la interioridad tal como la ven vivir en la Compañía de Jesús.

### *5. De hace cien años pero cerca, muy cerca*

Entre 2003-2013: en estos últimos años muchos de nuestros establecimientos han celebrado el centenario de la llegada de los Hermanos. Son los centros a los que llegaron los expatriados de Francia, entre los Capítulos generales de 1901, 1905, 1907 y 1913 (cuatro en trece años: otra falla en nuestro itinerario que, como la de cien años antes, tampoco rompe la continuidad del paisaje). Para todos nosotros, de un modo u otro, habrá sido una ocasión de evocar acontecimientos y personas que están muy cerca de nuestro presente.

Precisamente esa cercanía y esa celebración nos ayudan a entender nuestro discurso sobre la estructuración de este particular paisaje que llamamos la Historia de la Comunidad lasaliana.

Porque se trata de cosa muy nuestra: habla de lugares que conocemos, donde tal vez hemos sido alumnos y hasta hemos trabajado. Y habla de personas que tal vez están en nuestros antepasados familiares. A todos les hemos recordado en alguna exposición, conferencia, publicación. Hemos visto fotos y tal vez hemos conocido a testigos del momento. Por eso, nos suenan como cosa muy cercana.

Pero, a la vez, ese mismo contacto nos ha convencido totalmente de que podían estar muy cerca, que ya pertenecían a otro mundo. O el nuestro era otro mundo, indiscutiblemente. Por eso, la cercanía se nos volvía evidencia del cambio, del final de un período y los balbuceos de otro. Nos basta recordar cómo era aquel edificio de… o de…, dónde estaba la casa de formación, cuántos Hermanos había en el centro, cuál era su programa, cómo vestían, qué alumnos tenían, cómo se sostenían económicamente… para caer en la cuenta de que aquellos Hermanos nuestros, tan cercanos, vivían en otro mundo. Tan cerca y tan lejos.

No estaban ya en Francia, de donde acababan de llegar o habían salido veinte años antes, pero seguían siendo franceses. Seguían viviendo un modelo que había nacido y se había consolidado en aquel lugar de Europa. Lo vivían con problemas, a veces con problemas graves, es verdad, pero seguía siendo el mismo modelo. Así, en su formación habían cultivado todos el francés y hasta estudiaban la Regla en

ese idioma; se organizaban verticalmente, centralizadamente, al estilo que habían aprendido desde los días de Napoleón.

Durante los terribles **cincuenta primeros años del s. XX** habían visto sucederse muchos Superiores Generales, en mandatos llamativamente cortos y en circunstancias de extrema anormalidad (dos guerras mundiales, surgimiento de los fascismos, varias terribles guerras locales, hundimiento de sistemas económicos, etc.). Cuando llegaron días de razonable paz o cansancio, es decir, para su Capítulo General de **1946**, era muy clara la voluntad de la mayoría: restaurar, reordenar la diferenciación universal en la que se vivía. Todos querían reencontrarse con la armonía perdida y pensaban que la recuperarían si 'restauraban', si volvían a lo de cien años antes.

Fue el último instante de esa gran primera parte de nuestra historia, esa que vemos llegar casi hasta las mismas puertas de nuestra ciudad, desde nuestra atalaya de la torre.

Era evidente que las fórmulas acuñadas en el XVIII y difundidas en el XIX ya no funcionaban. Habían sido años dramáticos hasta extremos que a nosotros nos resulta muy difícil imaginar. Por eso, ahora se sentían inquietos, perdidos. Ahora que ya no parecía haber tanta violencia y el mundo estaba harto de tanto cambio pensaban que podrían volver a la serenidad, a la unidad interior.

Y se entregaron a la restauración en un violento esfuerzo de diez años. Pero no pudo ser.

Les ocurriría lo que a las instituciones nacidas después de la Segunda Guerra Mundial: pretendiendo reconducir el pasado, acabarían trayendo un futuro que lo cambiaría todo. En el mundo lasaliano era evidente que no podría resultar: para **1956**, todos veían que la Regla que se había querido instaurar a golpe de decreto (1947), no podía llevar a ningún sitio. Los novicios seguirían memorizándola, casi como un recuerdo con próxima fecha de caducidad. Quedaba abierta la puerta de los tiempos nuevos, de la generación del cambio.

De momento, como todo el mundo estaba en una fase de reconstrucción –en Buenos Aires, en Memphis o en Turín-, el lado más llamativo de la vida de los Hermanos seguía funcionando: eran muchos, estaban creciendo en número, y no les faltaba trabajo, de modo que sus instalaciones crecían. Estaban enfermas de sentido, pero sobradas de trabajo. Fue una combinación que en aquellos días no podíamos comprender. En conjunto resultó el mejor caldo de cultivo para que surgiera, llena de potencia, la vanguardia del cambio.

A su alrededor estaban surgiendo movimientos de recuperación de la condición secular de la fe cristiana (Acción Católica, Institutos Seculares), situaciones de acercamiento de la fe a los medios laborales (sacerdotes obreros, JOC), centralidad de la Sagrada Escritura y de la Encarnación en Teología (Teología bíblica, de las realidades terrenas). Entre todos abrirían las puertas al Vaticano II.

Era evidente que, allí donde la sensibilidad hacia lo nuevo era más fuerte, sería igualmente fuerte la sensación de inadaptación institucional entre los Hermanos. Su perfil espiritual e institucional no concordaba con la circunstancia histórica. Todos lo aprenderían enseguida. Sin que nadie pudiera saberlo, todos eran ya lugar del cambio de ciclo histórico.

En ese clima recibimos los borradores de las Reglas en las puertas del Capítulo de 1966.

### *6. Recuperar la responsabilidad*

En las puertas del Capítulo de 1966, y como una muestra de que terminaba todo un tiempo o un ciclo, en el Instituto se difundieron dos consignas complementarias: **devolver** el Fundador al Instituto y **devolver** el Instituto a los Hermanos.

Qué gran ilusión encendieron en nosotros, hace casi cincuenta años. Son dos fórmulas sencillas, fecundas, geniales en su potencial. Una hablaba de la referencia a las fuentes, del conocimiento de la propia identidad más allá de los tópicos coyunturales. Se expresaba sobre todo por el auge de los estudios lasalianos, es decir, sobre el mensaje de san Juan Bautista de La Salle y su primera Comunidad. Nos hizo a todos mucho bien. Todos pudimos en aquel momento mirar más allá de lo que estaba ocurriendo para interpretar el camino recorrido.

Por eso debía establecerse también la segunda perspectiva: si se trataba de renovar la conciencia de los orígenes, se debía igualmente recuperar la capacidad de compromiso, de responsabilidad, participación, autogobierno… Fue la gran obra, en este caso, del Capítulo General. En él se cambió radicalmente no sólo la estructura del gobierno y la animación del Instituto, sino sobre todo el espíritu que había de empapar las relaciones de unos y otros. Fue, en síntesis, recuperar la comunidad que tal vez se había difuminado un tanto detrás del culto a la obediencia.

Con esas dos orientaciones, los Hermanos se lanzaron llenos de ilusión -nos lanzamos, sí, como lo cuenta la historia de nuestros Distritos- a redefinir sus modelos institucionales. Desde ellas dos se pusieron a interpretar su herencia en un difícil trabajo de recomponer su retrato institucional.

Como es lógico, a la Generación del Cambio no le fue fácil interpretar lo que recibía. No tenía perspectiva y entendía mejor lo que debía evitarse que lo específicamente valioso de su herencia. En una institución como la nuestra hace falta mucho más que un Capítulo General (por magnífico que sea) para efectuar el cambio que todos sentíamos necesario en los días de Vaticano II. Aunque estuviéramos hablando de un Capítulo (el más largo de la historia, el único con dos sesiones) que durara año y medio.

En aquellos años de **1966** ¿qué recibía la Generación del Cambio como el gran valor, la Identidad lasaliana? ¿Qué se trataba de devolver a los Hermanos y al Instituto como su valor propio y su fórmula institucional?

### *7. La herencia en cinco líneas*

Tal vez en su momento no lo podíamos categorizar como ahora mismo, pero es muy claro que lo estábamos viviendo. Y también ahora basta con repasar el espíritu con el que nos entregamos a la animación de nuestros Distritos.

La herencia se puede interpretar en torno a cinco ejes, que plasman la relación del Instituto con las distintas sociedades y culturas anteriores y, a la vez, proponen el reto de su acomodación a los tiempos nuevos.

El repaso de la historia desde 2013 nos da una claridad privilegiada para entenderlo, aunque constantemente se vuelve contra nosotros y nos interpela. Es como si no nos dejara limitarnos a interpretar lo ocurrido y se nos introdujera en nuestro presente, en lo que hoy estamos viviendo. Pero no adelantemos demasiado y dejemos todavía un par de páginas entre 1966 y nuestro futuro: ¿qué había sido todo aquello, cuál era su retrato profundo?

……..

En el conjunto de los cinco ejes de aquella gran 'devolución' encontramos primero un bloque de tres: el servicio a los Pobres, la perspectiva del mundo del trabajo y la educación como iniciación en el razonamiento. Son el retrato profundo de la escuela elemental de la modernidad.

1. Es evidente que la Institución Lasaliana nació y vivió al servicio de los habitantes de los márgenes de la sociedad. Fueron primero, específicamente, los hijos de los artesanos y de los **Pobres**. Luego, a medida que la sociedad cambiaba, fueron todos los destinatarios de la enseñanza básica o fundamental. Finalmente, aunque no sólo con los últimos tiempos, los alumnos que pensaban en el mundo del trabajo, las enseñanzas profesionales.

Los Pobres enseñaron a los Hermanos cuanto necesitaron para su travesía por la historia. No hay ninguna demagogia en afirmarlo. En ellos verificaron la validez humana y científica de cuanto ellos creían saber. Y ellos les enseñaron el método o la configuración institucional de la escuela. Sobre el tema, de todos modos, hay que percibir que, siendo verdad en su afirmación fundamental, a lo largo de los tres siglos de la historia lasaliana, los términos 'pobre' y 'pobreza' han ido significando cosas distintas y complementarias, sobre todo en su relación con la educación y la educabilidad.

2. Porque –y es la segunda enseñanza de nuestra historia- la escuela de los Hermanos estuvo siempre **orientada al mundo del trabajo**. No fue un curriculum establecido para su continuación en ciclos posteriores de la enseñanza, sino para ir directamente a insertarse en la sociedad. Se trató siempre de una escuela que prescindía de la Universidad y pensaba en el paso desde la Escuela de los Hermanos al mundo del Trabajo.

La perspectiva, también en este caso, ha de matizarse. Por un lado es indiscutible la afirmación de que la escuela de los Hermanos, en líneas generales, no está pensada para la Universidad. Pero, por otro lado, es también indiscutible que 'universidad' significa hoy cosas distintas de lo que podía significar hace sólo cuarenta años. La ampliación de los programas de capacitación laboral ha diversificado y democratizado (si se puede emplear estos verbos) la institución de la Universidad, que hasta hace bien poco era algo totalmente elitista.

El problema para nosotros hoy es saber si nuestro modelo, en consecuencia con la herencia recibida, ha de aproximarse más al modelo de Universidad de la primera mitad del XX o al que hoy va surgiendo, mucho más en diálogo permanente con el mundo del trabajo y, por eso, mucho más difícil de tipificar. A la luz de nuestra historia parece claro que se impondría el segundo.

3. Se entiende mejor cuando se combinan estas dos perspectivas –los Pobres y el Trabajo- con la tercera: **el mundo del razonamiento lógico**, de las estructuras. Se refiere a lo que hemos subrayado al mencionar sobre todo el modelo de escuela lasaliana del s. XVIII: no era una escuela de contenidos sino de estructuras. Es evidente que esta fórmula no puede hoy mantenerse tal cual. Ya lo era a mediados del s. XIX, de modo que no debe extrañarnos.

Que deba tratarse de una escuela del razonamiento significa hoy –y no sólo para el mundo de lo universitario- que se debe hacer una escuela de método por encima de una escuela de contenidos. Debe hacerse una educación en la que cuente la raíz estructural de la realidad y de la ciencia por encima de los programas de las distintas disciplinas. Debe hacerse una escuela que piense más en unidades de significado que en estructuras lineales, en sistemas vivos que en procesos disciplinares, en cuestiones más que en especialidades.

Nos encontramos así, en el corazón de nuestra herencia, con el tremendo reto del cambio de paradigma de estos días. Y enseguida vemos que no es solamente algo relativo a la educación, sino sobre todo a la ciencia, la cultura, la religión, la sociedad toda…

……..

Pero la herencia estaba y está configurada en torno a cinco rasgos. Porque el diálogo de tres siglos con las instituciones y las ideas no llevó solamente a un modelo de educación popular, sino además a un perfil de educador y de comunidad de educadores. Y también en estos dos nuevos factores habíamos de encontrar a la vez la riqueza y el desafío de la herencia ante los tiempos nuevos.

4. Los días de la generación del cambio hicieron evidente el siguiente factor o eje que nos dejaba la herencia de tres siglos y que estuvo a punto de naufragar a lo largo de aquellos años 1960-1990: **la Comunidad**. No sería justo apreciar la historia lasaliana sin subrayar este eje, crucial y matizador de todo. No lo sería porque nos haría olvidar que san Juan Bautista de La Salle no fundó escuelas cristianas sino Hermanos de las escuelas cristianas. Se trató de una organización, no sólo de una idea.

'Hermanos' significa que las personas que asumen la animación de aquellas escuelas no se consideran indiferentes ni independientes entre sí. Pertenecen a un mismo proyecto y viven juntos. Por eso son una fraternidad y entre sí se llaman 'hermanos'. No son cada uno: son juntos. Su modelo institucional, pues, no se basa en la calidad de las escuelas sino en la calidad del grupo de personas que anima las escuelas. Un mundo, entre las dos perspectivas.

Si en un momento determinado, a lo largo de veinte o treinta años, esa perspectiva se descuida o se olvida, se pierde todo el valor específico de la Institución. Cualquiera puede entender, en efecto, que solamente un grupo de maestros que viven su quehacer como un ministerio compartido, sólo ellos pueden asumir establemente los tres ejes anteriores. Son tan trabajosos y tan contracorriente, que sólo una comunidad puede arrostrar el desgaste de mantenerlo durante tres siglos.

5. Así llegamos al quinto eje, tal vez definitivo: **la interioridad**. Se entiende como la raíz del anterior, la fuente de todo y el destino de todo. Si a alguien, persona o grupo, se le puede proponer este programa es porque su vida no se limita al movimiento dentro de la apariencia de la realidad. La vida de los Hermanos, además de inscribirse en las dinámicas de la historia a lo largo de los tres siglos anteriores, se asienta en el convencimiento de que Dios es el verdadero rostro de cuanto ocurre. A Él se refieren en los que encuentren en su trabajo y en su historia. Él es la fuente definitiva que les convoca desde el principio del tiempo y les espera al final de todo. Por eso nada es lo que parece y todo es sacramento.

La experiencia de los tres siglos anteriores muestra que es esto y no otra cosa lo único que pudo garantizar la travesía de la modernidad a una institución como la nuestra. Se podrá vivir acertada o desacertadamente, incluso en contextos de clara esquizofrenia temporal, pero nunca podrá faltar. Los

Hermanos no fueron modelo de coherencia entre su proyecto institucional y determinadas manifestaciones de la vida de cada centro, pero siempre, por encima de todo, estuvo su entendimiento de todo desde el espíritu de fe. Nada era lo que uno podía comprender de ello. Al menos el ser de la realidad no se agotaba en su comprensión personal…

### *8. Otro manual de uso*

Entre 1960-1990: cualquiera entiende que en los días de la Generación del Cambio no resultara demasiado fácil entender todo esto y construir en consecuencia. No era una 'devolución' tan sencilla como creímos en su momento.

Resultaba que una cosa y otra –el Fundador y el Instituto- habían ido asumiendo un manual de instrucciones a lo largo de tres siglos y a partir de la generación del cambio esas instrucciones resultaban casi ilegibles. No bastaba con devolver. Había que reconstruir el manual de uso.

Se puede decir que llevamos cuarenta años tratando de hacerlo. Empezamos con las Reglas, antes y después de la Declaración, la reflexión sobre la Asociación o la Nueva Comunidad y ahora estamos ante una nueva Regla de vida. Entre medio, todas las restructuraciones territoriales y los nuevos diseños de servicio educativo.

Es la gran lección de este modo de mirar las cosas. El juego entre texto y contexto enseña que lo fundamental no es ninguno de sus dos elementos, sino su interacción. En ella elementos separables se convierten en dimensiones constitutivas de una misma realidad, de un sistema nuevo. Así los cinco ejes de la herencia –riqueza y desafío- se dan sentido mutuamente, de modo que cada uno de ellos, por sí mismo, nos lleva hoy a callejones sin salida, fundamentalismos tal vez absurdos.

## POCOS AÑOS PARA TANTA LABOR

### *9. El tercer paso*

Al irlo pensando y, sobre todo, si acertamos a dejarnos invadir por lo que vemos, nos llega un mensaje muy claro. Es fuente de alegría y a la vez de preocupación.

Lo evocamos al repasar la conciencia que los Hermanos han tenido de su propia identidad, a lo largo de estos sesenta años. Así vemos que hubo como dos maneras de considerar las dimensiones de nuestra identidad: hasta 1966, más o menos; y desde 1990, también más o menos. Y que en medio de las dos, como un tiempo de paso, había transcurrido una generación, que todos nosotros conocemos muy bien...

La lógica que lleva de uno a otro es la progresiva conciencia de pertenecer a un contexto de ideas y sociedades vivo, en desarrollo. A medida que esa conciencia crece, la visión de la realidad se hace más profunda, más ambiciosa, más creativa. Así entendemos que a lo largo de cuarenta años la interpretación de unos mismos textos pueda variar o enriquecerse. En la Institución Lasaliana esto ha ocurrido con los propuestos en 1967 y con todos los siguientes. Su comprensión ha ido creciendo de la mano de la conciencia de pertenecer a algo que trasciende a lo lasaliano mismo.

Se ve muy claramente que a lo largo de estos cincuenta o sesenta años ha habido tres tiempos muy específicos: el primero, de continuación de los siglos anteriores; el segundo, de recogimiento y

definición de identidad; y el tercero, de recomposición de las estructuras, de las mediaciones educativas.

Se ve muy claro, creo, que el primer paso era continuación de todo lo anterior, como reflejo de un mundo que todavía existía pero al que le quedaba ya poco tiempo para convertirse en historia. Se ve también que en el segundo irrumpe con fuerza descomunal la conciencia de que estamos ante tiempos nuevos y que, por lo tanto, hay que reconstruir todas mediaciones entre la llamada de Dios, el proyecto lasaliano y la sociedad en la que ha de vivirse todo eso.

Pero muy pronto vemos que ese trabajo era y es doble: que primero se hace una reconstrucción interior y que luego queda por hacer toda la reconstrucción institucional. Estos últimos treinta años lo están mostrando sin discusión: al principio del cambio creíamos que se trataba sobre todo de cambiar nuestras almas, nuestro credo, nuestras relaciones, nuestro vocabulario, nuestra comunidad… Poco a poco, con una fuerza avasalladora, se nos ha impuesto otra evidencia: el ritmo de los cambios sociales no podía ser respondido sólo desde nuestro interior, sino que requería ahora nuevas estructuras institucionales, es decir, nuevos modos de visibilizar nuestro proyecto y nuestra respuesta al Señor.

A lo largo de estos últimos treinta años hemos visto que, sí, nuestras cifras como Hermanos decrecían, pero además que el diseño de cualquier proyecto educativo cambiaba. Ahora ya no habría bastado con volver a ser sesenta Hermanos para que el gran colegio de la capital siguiera funcionando. ¿Qué habrían hecho aquellos/estos 60 Hermanos con las diversificaciones, con los niveles de preescolar, con el horario de mediodía, con los emigrantes (niños y adultos), con la emergencia del tercer sector, con las nuevas tecnologías de la comunicación, con la distinta sensibilidad política, con los nuevos sistemas de financiación de los centros, con…? No: aunque hubieran podido estar ellos solos, no habrían sido capaces de continuar, de mantener lo que ya sabían hacer. Habrían tenido que crear algo que nunca había existido. Y eso les estaba remitiendo a referencias que desconocían en su historia comunitaria.

Es así. Nadie nos lo había dicho antes ni nos había preparado para lo que pasó. Los hechos nos lo están diciendo después. Por eso hablamos de tres pasos en nuestras vidas: continuación, redescubrimiento interior… y rediseño institucional.

Es confortador verlo. Sobre todo porque no te deja dormir en ningún laurel. Obliga a reaccionar ante lo que entiendes. Te quita, sí, el desconcierto y el susto. Pero mantiene todo lo demás: qué calidad interior, qué capacidad de relación, qué sistemas de financiación, qué diseños curriculares, qué plazos en la formación, qué vocaciones. Quita perplejidad, pero no problemas: seguramente eso es la mejor prueba de la validez del diagnóstico.

### *10. Nuevas redes…*

Y aquí estamos, en la torre, mirando todo, 360 grados, embargados por la sensación de ser parte de una larga historia y buscando signos de los caminos para este nuevo tiempo.

Desde aquí arriba, mirando hacia atrás, se ve muy claro que la herencia nos ha llegado encarnada en un tipo específico de institución y en una estructuración específica de la animación de la sociedad. Se ve muy claro cómo el gran hallazgo fue, por un lado, la configuración de comunidades en la animación de las escuelas. Y que, complementariamente, el secreto estuvo en establecer redes de tales comunidades locales. La gran aportación de la primera generación lasaliana fue encarnar en esta estructura aquellos cinco rasgos que nos han llegado.

Porque todo aquel discurso sobre los Pobres/la Lógica/el Trabajo y la Comunidad más la Interioridad, necesitaba una estructura que a la vez lo sostuviera y fuera coherente con su momento social. La estructura interior de esos cinco ejes -que para nosotros es ya un reto enorme- es algo todavía más apasionante si caemos en la cuenta de que se trata de realidades institucionales: debe ir más allá de las personas y ofrecerse a la sociedad en una estructura institucional creíble.

Ellos lo consiguieron. Tal como se ven desde aquí los caminos de nuestra historia, tal como nos conducen a los orígenes, hablan de aquella sencilla genialidad: un cuerpo, una organización, una Asociación. Cada núcleo de la red, con su identidad clara y específica; el conjunto de los núcleos, también perfectamente identificable y significativo.

Es ahí, tal vez, donde nuestro panorama nos revela las mayores novedades. Desde la altura de la Generación del cambio se aprecia muy bien el alcance del devenir de las ideas y las sociedades sobre el itinerario de la Institución Lasaliana.

Se aprecia, ante todo, que en esta sociedad el juego Educación/Pobres ya no significa ni escuela primaria ni educación superior sino lo que siempre había sido la escuela y los Pobres en ella: institución para la inserción social a través de la formación. ¿Inserción social?; ¿formación? Pero, ¿hay en ello algo de nuevo?, ¿no lo había sido siempre cualquier proyecto educativo?

Precisamente. Siempre lo había sido así. Lo que ocurre, y los tiempos nos han mostrado hasta la saciedad, es que ahora ya no. O casi no. Ahora, la inserción social a través de la formación ya no es objetivo para las instituciones educativas al uso sino para la combinación de dichas instituciones con varias otras. Y tal vez estas últimas cuenten mucho más que aquéllas en el objetivo final.

La experiencia nos está enseñando que la inserción social es un proceso y que su éxito resulta de la complementariedad de diversas instituciones. Lo sabe cualquiera que considere esa nueva sociedad que está surgiendo a las puertas de nuestra escuela y nosotros todos, aquí mismo, al pie de nuestra torre, una mañana cualquiera de un día cualquiera. La inserción social a través de la formación, sobre todo entre los Pobres, es hoy el resultado de instituciones que han sobrepasado con mucho las áreas de la escuela convencional, de modo que el objetivo educativo o formativo ya no es exclusivo de las instituciones convencionales de la educación sino de la interacción de redes de instituciones.

Se diría que en las nuevas sociedades se han dado dos fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, las instituciones educativas han restringido su papel desde la formación a la especialización; y por otro, las instituciones sociales están asumiendo papeles tutoriales respecto de la socialización o al menos la inserción social de las personas. Como si lo educativo, desaparecido de un lugar, emergiera en otros aunque de otra manera.

Se ve claramente, en el lado nuevo de nuestro panorama, que la sociedad ya no está configurada como la habíamos recibido de hace quinientos años a través del diseño de las instituciones burguesas del XIX. Ahora es otra cosa, que nos parece difusa por interactiva: no se ciñe a especializaciones institucionales ni a lugares muy precisos, como nosotros habíamos conocido siempre. Ahora se realiza por la interrelación de diversas instituciones y llega a territorios muchísimos más amplios.

Por eso ha de cambiar no ya el diseño de la actual institución escolar (en cualquier de sus niveles) sino sobre todo sus relaciones con todas las instituciones sociales. La novedad no está tanto en su interior,

por tanto, sino en su exterior. Y es un área en la que nosotros, los Hermanos de hoy, tenemos mucho que decir.

Por eso entra dentro de lo lógico que su pretensión educativa, su proyecto cristiano, se encarne en formas institucionales que hasta hace muy poco no habríamos calificado de educativas. Ahora, en cambio, dentro de las nuevas redes para la socialización de los necesitados, caemos en la cuenta de que nos ofrecen nuevas pistas para el ministerio de la educación.

Es fácil ver lo magnífico de este reto para la tradición lasaliana. Y, por si a alguien le sorprende, esto no es una quimera: ya estaba enunciado en la *Declaración del Hermano en el mundo de hoy*, en… 1967 (ver, sobre todo, su tercera parte). ¿Es otra, acaso, la dinámica que subyace a nuestros Capítulos de Distrito desde hace por lo menos veinte años?

### *11. [Nuevas redes] ... de nuevas comunidades*

Y la segunda pista, el otro pie de la fórmula institucional de los pasados trescientos años: la Comunidad capaz de vivirlo.

También aquí nuestra atalaya nos muestra la tremenda novedad. Si en el área institucional se llama la nueva configuración social, en este caso se llama la Nueva Evangelización y la emergencia de los Nuevos Ministerios. Nada menos. Lo ve cualquiera que se tome la molestia de considerar el antes y el después del Concilio, es decir, el quicio de la generación del cambio para los cristianos.

Porque, así como se ha terminado el diseño de la institución educativa que habíamos recibido en herencia, se ha terminado también la validez del signo personal, supuesto durante tres siglos por el perfil específico del Hermano, el consagrado que vive con otros Hermanos la Comunidad Consagrada.

Era un perfil típico de una sociedad que ya no existe: evangelizada y sin laicado cristiano, 1690 en París ó 1940 entre nosotros. Por evangelizada, era automáticamente significativo el perfil de la persona que trata de entregarse al compromiso apostólico y adoptaba los modos de la comunidad monástica. Por lo carente de laicado, toda forma de compromiso evangelizador debía adoptar, secularizándolos, los modos monásticos. Por los dos lados, un perfil personal y comunitario que ha dejado de ser significativo: ni esta sociedad está ya evangelizada ni el compromiso apostólico se limita a las formas monásticas.

La nueva evangelización necesita, como siempre ha sido, instituciones capaces de encarnar la Palabra del Señor en medio de la cultura o de las instituciones sociales de una época. Por eso, toda evangelización necesita instituciones capaces de mostrar a los pueblos la fecundidad social de las dos caras del Dios cristiano: su Encarnación y su Absoluta trascendencia. Hay que recordarlo, en momentos como los nuestros, para evitar la simplicidad suicida de quienes se apresuran a dictaminar que ha pasado la era de los religiosos y ahora es la de los laicos.

No necesitamos apurar nuestra metáfora de la visión desde la torre para recordar que toda sociedad se configura desde esas dos dimensiones: lo inmediato y lo definitivo, lo poseíble y lo esperable. Sin la combinación de las dos, la sociedad no existe y deja paso a todas las manipulaciones o explotaciones. Sin esa combinación, una sociedad deja de ser humana.

En el panorama de estos siglos, ahí delante, las dos funciones eran ejecutadas por las comunidades consagradas: junto con el resto de las instituciones sociales aportaban a su pueblo el signo de la absoluta trascendencia de Dios y el de su amor por lo diario, a través de su compromiso apostólico y su atención a lo concreto (aportación no exclusiva de las comunidades mal llamadas de vida activa, sino propia de todas, activas y contemplativas).

Hoy, con la emergencia del laicado cristiano, es decir, con la secularización de los ministerios apostólicos, buena parte de este equilibrio se ha roto: ahora son grupos nuevos de creyentes los que han de aportar el signo de las dos dimensiones del Dios de Jesús. Y los anteriores se angustian, creyéndose sin sentido. Pues bien, en el seno de esos nuevos grupos deberá haber quienes presenten más específicamente el testimonio de cada una de las dos caras de Dios. Lo harán entre ambos, entre los dos nuevos perfiles del Signo. Serán parte de una misma comunidad, pero complementarios, no idénticos…

### *12. Sencillamente, saber mirar*

Tal vez esto signifique, y estamos otra vez en la *Declaración* de 1967, redescubrir la Consagración bautismal.

Y a nosotros, habitantes de esta nueva ciudad, nos exija cambiar la mirada, leer las cosas de otro modo. Entender, por ejemplo, que las acciones de formación que hoy realizamos dentro de nuestros distritos son la nueva manera de articular la formación dentro de la Comunidad de las Escuelas Cristianas. O entender que el compromiso de los realmente comprometidos en nuestros proyectos cristianos es el nuevo rostro de la vocación de Dios dentro de la tradición familiar lasaliana. Ni el modelo Noviciado-Escolasticado, ni el Hermano-más-ayudantes. Es otra cosa. Un ministerio nuevo: el de la Comunidad del Signo (en el que no cabe cualquier persona, desde luego, y quede dicho con todo respeto).

Elzo habla de un tiempo o generación 'post-secular'. ¿Qué puede aportarnos esta expresión, en nuestro trabajo de discernimiento? Básicamente esto: que se trata de descubrir el rostro de la nueva religiosidad, pero no de restaurar la otra, la anterior a la secularización.

Hay quien interpreta esta coyuntura nuestra como una situación de escarmiento, de correctivo histórico. Para él la generación anterior ha sido un gran error, que barrió muchas cosas que no debía. Por eso se empeña en restaurar. 'Restaurar': ésa es la palabra. Se refiere a reponer en su sitio lo que habíamos retirado ayer, de modo que mañana lo volvamos a ver. Volver a ver lo que vimos. Eso es restaurar.

Y eso es, precisamente, no tener en cuenta la gran aportación de la Generación del Cambio: en ella hicimos muchas cosas que debíamos hacer y que no estuvieron mal hechas, ni mucho menos. Retiramos cosas que debíamos retirar, porque eran reflejo de un estado institucional desencarnado, fijado en un tiempo de la historia, más fiel a su continuidad que a la Palabra de Dios. Por eso, debimos hacerlo. Y, por eso, comprensiblemente, en más de un momento creímos que con ello, con purificar nuestra casa, ya estaba todo hecho. Y no, claro.

Es el sentido de la generación o del tiempo que llamamos 'post-secular': el momento de descubrir los gestos institucionales y las formas que sean a la vez fieles a la Palabra y a nuestro momento histórico.

Lo magnífico de tiempos así es que superan a todos sus programadores. Nos obligan a todos a pasar de inteligentes a atentos, de constructores a escuchadores, de inventores a descubridores. Porque los tiempos se adelantan a nuestros cálculos y nos ponen ante los ojos lo que las cosas deben ser.

Lo triste de tiempos así es lo mucho que nos cuesta cambiarnos los ojos. Cambiar nuestra manera de mirar nuestra consagración o nuestra comunidad o nuestra misión y pensar en términos más de fundación que de continuidad. Como si los tiempos pasados nos impusieran límites en los que se concibe, por ejemplo, la consagración más desde Bonifacio VIII (hacia 1300) que desde el Evangelio o el primer monacato (siglos I-IV). Caben muchos más ejemplos.

Nuestro entorno está lleno de cambios tan enormes que a veces nos parecen infieles a los orígenes. Así cuando un cambio fuera demasiado estridente, demasiado grande, afectaría a la fidelidad. Puede que así, desde luego, pero no necesariamente, como tantas veces ha mostrado la historia de los pueblos.

No va a ser fácil.

Pero nos es posible mirar las nuevas formas lasalianas desde esta perspectiva y calibrar más en función de la dinámica que de la fijación, más desde la diversificación que desde la organización, más desde lo cercano o zonal que desde lo general...

Es que con el tiempo post-secular han cambiado los indicativos de todas las identidades religiosas.

### *13. Después de la Generación del Cambio*

La Generación del Cambio es un acontecimiento que trasciende los límites de lo lasaliano. Está suponiendo que se ha agotado ese gran lapso de la historia que llamamos Modernidad. Como tal, esta generación no puede ser un fenómeno simplemente lasaliano, una anécdota familiar en el gran contexto de la historia global. Los dos hechos –la categoría universal y los acontecimientos lasalianos- se corresponden. El primero pone contexto al segundo; el segundo es la vivencia concreta del primero dentro de una institución centenaria.

Por eso, nos atrevemos a pensar que desde su altura se entiende lo que ha ocurrido entre nosotros en el lapso 1680-2013. Y nos atrevemos a elegir entre las dos posibilidades abiertas a nuestra panorámica: otra gran fase de nuestra historia o nuestra desaparición.

Al elegir así nos apoyamos, evidentemente, en algo más que los signos de la Historia. Estos nos dicen que se ha cerrado un ciclo y nos presentan el desafío de la viabilidad de nuestra herencia ante circunstancias que no son las de la fundación. Abren así el gran reto. Pero con ello no basta para nuestra opción. En este caso hay más que meras interpretaciones de la Historia universal o familiar. Nos apoyamos, para interpretar el futuro, en la naturaleza de la iniciativa sobre la que todo se basó.

Es evidente que la configuración de la Comunidad de los Hermanos obedece y refleja determinadas coordenadas históricas. Se fue instituyendo en respuesta a las posibilidades y necesidades de su sociedad y de su tiempo: el acceso de las clases populares a las estructuras de la sociedad moderna, tal como se entendió esa modernidad por parte de la clase burguesa. Ese gran contexto marcó las reglas de juego desde el punto de vista social.

Pero la historia de nuestra tradición familiar muestra también que no surgió por ninguna iniciativa administrativa o científica o de bienestar social. Conviene recordarlo bien hoy en este tiempo de calma y preparación de lo que viene.

Si la Comunidad de los Hermanos –otra vez: no nos importa ninguno de todos estos nombres sino su conjunto- si nació acunada por la *Didactica Magna* de Comenio (1679) y las *Enciclopedias* (de Chambres, 1728; Francesa, 1751… y Británica, 1768…) quien la hizo nacer fue la llamada de Dios. La Comunidad o Sociedad de las Escuelas Cristianas de **1700** tenía su origen más allá de las circunstancias que la estaban haciendo socialmente posible, de modo que su verdadera crónica está en las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro* (MR). Su fuente se expresa no en categorías históricas sino religiosas: no según las propuestas de Condorcet, por ejemplo (1795, en la Revolución Francesa) o de Guizot (ministro francés, 1834…), sino en la sorprendente fidelidad del H. Gerbaud y los suyos en Lyon en **1810** o en la sencillez del H. Benildo (1805-1862). Y no se configuró socialmente según la constitución pontificia *Conditae a Christo* (1900) ni la *Ley de Asociaciones* de Francia (**1901**…) que les exigían formas legales y canónicas, sino sobre la fe de muchísimos Hermanos anónimos. Ellos testimoniaron por aquellos días su contradictoria síntesis de generosidad e ignorancia al servicio de las escuelas de los Pobres de todo el mundo, tantas veces muy lejos de su tierra de nacimiento, desde Sóller hasta Chiclana.

Nos lo muestra con total claridad la Generación del Cambio, esta atalaya en la que nos hemos instalado desde el comienzo.

Porque en aquellos días, entre 1960 y 1990, entre el primer Sputnik y la caída del Muro de Berlín, todos creíamos tal vez más en nosotros mismos que en la historia y sus caminos. Creímos, porque teníamos que creer en ello, más en nuestra voluntad de cambiar la herencia que en la naturaleza misma de la herencia. Y, tal vez por eso, durante esos treinta años nos lanzamos llenos de fe en nosotros mismos a establecer un proyecto lasaliano más basado en nuestra capacidad organizadora que en nuestra pertenencia a un proyecto que trasciende todas las organizaciones, si bien las necesita todas.

La Generación del Cambio se muestra hoy como lo que fue: un tiempo de inflexión, no un tiempo de orientaciones. Éstas, las que nos están abriendo el futuro, estaban contenidas en las grandes premisas de los Capítulos Generales de **1966-67** (*La Declaración sobre el Hermano en el mundo de hoy*, por encima de todo) y de **1986** (las nuevas *Reglas*). Contenidas: otra cosa es que fueran asumidas y realmente institucionalizadas a nivel colectivo.

Al llegar a **1993** llevan a los Capitulares, por primera vez, a conceptualizar lo vivido en el medio siglo que ya había pasado desde la Segunda Guerra Mundial y a calificarlo de tiempo de tránsito, de cambio. (Por primera vez hablan de 'en estos cuarenta años hemos visto cómo el mundo…': estaba terminando ya la generación del cambio). Desde entonces somos conscientes de que nos toca desarrollar todo aquello, si bien hemos de hacerlo en contextos socioeducativos que sus primeros formuladores no podían imaginar.

El futuro ya empezó hace treinta o cuarenta años, sí. Pero sólo ahora, desde hace sólo diez o quince, cuando se ha posado el polvo de todas las sacudidas, sólo ahora estamos en condiciones de leer fiablemente los nuevos Signos de Dios para nuestra Comunidad. Ahora entendemos, desde esta atalaya nuestra, que nuestro reto es doble: releer la Herencia (los cinco ejes de nuestra estructura institucional) y hacerlo en una nueva Comunidad.

Es el reto, el desafío, a esta parte del panorama: una **nueva red de nuevas comunidades**, porque han cambiado las dimensiones de 'distrito', de 'comunidad' y de proyecto educativo. ¿Qué significan, ahora, 'comunidad', 'centro', 'escuela cristiana', 'distrito', 'formación', 'vocaciones', 'espiritualidad', 'método de oración', 'Hermano'…?

Claro que en realidad no deberíamos hablar tanto de 'reto' cuanto de oportunidad: revivir la Herencia y revivir la Comunidad son los lugares donde nos espera la Gracia del Señor. Él es quien verdaderamente responde a todos los desafíos.

Ese mundo que está ahí, en el lado nuevo, es así. Y es en él donde viven los destinatarios de nuestro Proyecto. Por eso, la refundación es mucho más que acomodar lo conocido. Como en cualquier barrio nuevo de nuestras ciudades, se entiende mejor si se toma un poco de altura y panorama.